

GENTE NUEVA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

LA DECENA DRAMÁTICA ¹

Le Marquis de Priola.

Considero yo, por punto general, provechoso y conveniente el paso de buenas compañías extranjeras por nuestros escenarios, y con esto queda dicho que no aludo á esas pandillas de cómicos agrupados en torno de una hermosa mujer cuyas gracias y prendas físicas explotan autores y empresarios, para salvar sus producciones los primeros y atraer al público estos últimos. Pero si en el cuadro figuran verdaderos artistas, si en su repertorio se cuentan obras de poetas conocidos y celebrados en el mundo entero, si el renombre que les acompaña es justo y de buena ley, entonces salimos ganando todos: la masa general del público, porque rara vez tiene ocasión de admirar bien interpretadas y en su idioma original las comedias exóticas; los autores nacionales, porque pueden apreciar los efectos que en los espectadores españoles causan los procedimientos ultramodernos del arte dramático; los cómicos ¡ay! porque, salvo contadísimas excepciones, aún les falta mucho que aprender en su oficio; finalmente, pueden estos acontecimientos traer aparejada una misión educadora de mucha trascendencia para el progreso de nuestro teatro.

Cuando, pues, nos visite una compañía formada con elementos de la Comedia Francesa, *societarios* (como bárbaramente han dicho algunos gacetilleros) de la casa de Molière, que nos dan á conocer alguna de las obras más discutidas por la crítica parisién, debemos regocijarnos: si los actores son buenos, los dramas admirables y la ejecución perfecta, por todas las razones antes apuntadas; si, por el contrario, los detalles y el conjunto resultan malos, detestables, aburridos, porque así nos consolaremos con el consuelo de los tontos, convenciéndonos de que en todas partes cuecen habas y existen poetas chirles y cómicos de la legua.

Con estas ideas no podrá tacharse de presunción elegante, ni de moda antipatriótica, el acudir al teatro de la Zarzuela durante las representaciones de los actores franceses, ni sorprenderá la curiosa expectación que precedió y acompañó al estreno del drama de Lavedan *Le Marquis de Priola*, objeto de este artículo.

La acción en esta obra es muy poco complicada, de escasos lances; pero es tan grande la maestría del autor, penetra con tanto ahinco en el interior de los personajes, sabe presentar con tanta habilidad sus múltiples y contradictorios estados de alma, que interesa y absorbe la atención del espectador con la misma fuerza y con mucho mayor deleite que una comedia de las llamadas de enredo. Alrededor de la figura del protagonista, magistralmente trazada, viven, aman, aborrecen y lloran dos mujeres y un galán entre quienes se desarrolla el drama.

El Marqués de Priola es un Don Juan modernísimo, conquistador y frívolo; más corrompido que el héroe antiguo, con todo el refinamiento que presta á sus vicios la época en que vive, aborrece y teme á las mujeres, haciéndose querer de todas; desconoce la amistad, la gratitud y toda especie de sentimientos elevados y nobles; el mundo no es para él más que un vasto campo de empresas amorosas, y objeto de su desprecio y ju-

guete de sus pasiones los que habitan en él, altos y bajos, ricos y pobres, sabios é ignorantes.

Heredó de sus mayores, con una fortuna colosal, su afán de empresas extraordinarias; un Priola fué confidente de un Borgia; otro anduvo mezclado en las aventuras del Duque de Guisa, y otros representantes de la familia asistieron á las cenas del regente Orleans ó se trataron íntimamente con el convencional Saint-Just. El actual Marqués—cuyo padre se suicidó porque no consiguió arruinarse—reconoce que nuestro siglo no es á propósito para hombres de su temple, que no encuentran ocasión ni medios para desplegar su genio.

Ávido de saborear placeres desconocidos y experimentar emociones nuevas, un rasgo le pinta de cuerpo entero. Predicando odio eterno al matrimonio, él, sin embargo, se casó con una mujer encantadora. Su discípulo y protegido Morain le arguye de falta de lógica, y el Marqués contesta: "Me casé.... para divorciarme; por conocer eso más". Porque, efectivamente, Priola está divorciado de su mujer, la cual se ha vuelto á casar con un Sr. Le Chesne, viejo y filántropo, que, como adivinamos en seguida, no ha podido hacerla feliz.

De todo esto se entera el espectador porque en un saloncito de la Embajada italiana en París lo cuenta con mucha frescura el mismo Marqués á su pupilo Morain ó lo parlan entre sí varios personajes; el cual Morain, es un pobre chico inexperto, que ha estado educándose largos años en Alemania é Inglaterra por cuenta de Priola y que, bajo los auspicios del mismo, acaba de hacer su presentación en el mundo, que le ha recibido en palmitas. El joven manifiesta su gratitud, porque siendo él, Morain, hijo de un simple guarda del Marqués, éste se ha dignado elevarlo hasta su esfera, tratándole como hijo y amigo á la vez. En este diálogo sabemos que Priola tiene sitiada una plaza á punto de rendirse: Mme. de Valleroy se ha defendido muy mal, "como una modista", y esto desilusiona y encocora al Marqués, que sólo por cortésia lleva adelante su empresa. La tal señora necesita del amor del *lion* para que el mundo la respete y admire.

Un amigo oficioso anuncia que va á llegar al baile Mme. Le Chesne, es decir, la antigua mujer de Priola, é inmediatamente concibe éste la idea de enamorar á su ex-consorte, situación y empresa verdaderamente tentadoras para un hombre de sus gustos. Sobreviene Mme. de Valleroy, y á poco Mme. Le Chesne, y después de varias escenas exquisitamente dialogadas concluye el acto obteniendo de la primera el tremendo conquistador una promesa de que irá á admirar su colección de almanaques, y dejando á la segunda presa de indefinibles angustias, porque, pese á todas sus resistencias, su primitiva pasión por el Marqués revive y se embravece á las evocaciones del mismo.

En el segundo acto nos lleva el autor á casa del terrible Marqués; estamos en presencia de su colección de almanaques, célebre y proverbial, y que han venido á visitar las damas más empingorotadas del *beau monde*. Priola espera á Mme. de Valleroy diciendo á sus amigos que no le encanta la aventura y que piensa jugar á su víctima una burla atroz hiriéndola en lo más delicado de su amor propio.

La de Valleroy llega y las cosas pasan como había anunciado el Marqués; en una escena difícilísima Priola acaba su conquista y Mme. de Valleroy se rinde, confesando su amor y convenciéndonos de que venía dispuesta á todo. Pero, en aquel momento, el audaz Marqués ejecuta su juego favorito, y fingiéndose lleno de

grandísimo respeto retrocede y renuncia á su papel de amante, ofreciéndose como amigo; es la comedia que luego relata á Morain y Brabançon: *Ah! tais-toi! ce serait le septieme ciel!.... Mais non.... Soyons forts!....* Mme. de Valleroy se marcha furiosa y Priola queda riéndose á carcajadas.

A continuación pone en práctica una idea diabólica para avanzar en la conquista de la que fué su mujer: la de enviarle una de las cartas que ella le escribía á raíz de su matrimonio, y en las que condensaba toda la ardiente pasión que no sabía ó no se atrevía á expresar de palabra. Morain protesta, por parecerle semejante conducta una villanía; pero la carta va á su destino y quedan frente á frente el Marqués y su protegido, cuya indignación rompe al fin todos los respetos.

El fondo de honradez de Morain protesta contra la perversión de Priola, se subleva ante la repugnante frialdad con que comete sus crímenes, sin pasión, sin excusa, por jugar, por fiebre de hacer daño. Desprecia sus beneficios realizados por un refinado diletantismo, con el único fin de hacer de él, de Morain, un *nihilista elegante* más completo que el mismo Priola. Renuncia las magníficas ofertas que éste le había hecho de legarle su nombre y su fortuna, y se dispone á partir, resuelto á ganarse la vida ejerciendo la Medicina y orgulloso de la mediocridad de sus padres, humildes campesinos sin vicios.

El Marqués, poniendo en sus palabras toda la ironía, toda la cruel amargura y el desprecio todo de su alma infernal, acaba por consentir en la partida de Morain, pidiéndole antes que arregle y repase los montones de cartas amorosas que guarda en un cajón y en las que aprenderá á conocer á las mujeres, sabrá el valor de la palabra virtud y comprenderá que en el mundo no hay felicidad más que en el cultivo artístico del mal.

Tan soberana situación, de extraordinaria fuerza dramática, que subyuga y atrae, termina marchándose el Marqués y con un sollozo de inmenso dolor, de rabia y de vergüenza que lanza Morain al encontrar el retrato de su madre entre los de las queridas de Priola. Y así acaba el acto.

En el tercero, el de mayor intensidad teatral, la acción marcha rápidamente hacia su desenlace; sobre la cabeza de Priola va á caer el castigo de todos sus crímenes. Estamos en casa de Mme. Savières, la íntima amiga y protectora de Mme. Le Chesne contra las asechanzas del Marqués; en una entrevista de las dos amigas, Mme. Le Chesne, que ha recibido ya la carta que escribió á su primer marido, acaba por confesar que se encuentra en la misma situación de ánimo que al escribirla, es decir, perdidamente enamorada de su antiguo esposo. Inútiles son los ruegos de Mme. Savières, rígida protestante que lee la *Biblia* á diario, y vanos los consejos con que procura apartar á la desdichada Jeanne de tan peligroso camino; apela, por último, á un recurso decisivo. El Marqués de Priola va á venir á una cita que tiene con Mr. Savières; ocultándose Mme. Le Chesne podrá la amiga de ésta recibir al galán, en la seguridad de que antes de diez minutos la ofrece su amor, demostrándose de esa manera la perfidia y falsedad de su conducta para con su antigua mujer. Acepta ésta el plan, y se esconde precipitadamente porque el Marqués llega, dispuesta á escuchar lo que se hable.

En la interesante conferencia Mme. Savières pide al Marqués que desista de sus pretensiones, el cual accede para demostrar la admiración y respeto que le inspiran las virtudes de su interlocutora. No da él mucha

¹ Por una vez el "amigo de Barrutia" cede la palabra á D. Salvador Rodrigo.



importancia á su sacrificio, porque confiesa que no ama ni amó jamás á la que hoy es Mme. Le Chesne, y que si se casó con ella fué por despecho.

Hábilmente insinúa su amor por Mme. Savières y acaba por declararse paladinamente; y después de una escena bellísima, en que la rígida señora está á punto de caer, se rehace por fin y llama á su amiga, que aparece, dejando confundido y anonadado al Marqués. ¡Tableau!

Entonces llega Morain resuelto á explicarse definitivamente con su *protector*, y ambos personajes quedan solos. El mancebo muestra la fotografía de su madre, que ha encontrado donde ya sabemos, y dice que viene dispuesto á vengar á su padre, que se mató desesperado, y á su madre deshonrada; lanza á la cara del aristócrata sus veinte años de maldades y de aberraciones, y como un mensajero de la cólera divina le anuncia su próxima muerte. Sí, Priola va á morir, pero no voluntariamente, no á manos del mismo Morain, sino porque la muerte está dentro de él y se dispone á destruirlo. Los rápidos progresos de la parálisis, el veneno de su vida estragada, la sangre podrida de toda la raza de los Priola, todo lo ha observado el ojo clínico del muchacho y sabe y prevé que van á obrar inmediatamente. Nada de esto arredra al Marqués, ni aun la perspectiva de no poder suicidarse á tiempo, porque seguirá siendo dueño de su pensamiento, de su cólera, de su desdén y de su desprecio. Desafía á la muerte y se burla de la vida que le ha dado todo, pues ha pasado por la tierra haciendo lo que hay en ella de más bello: ruinas.

Morain le compadece porque ha tenido todo.... menos el amor, tras el cual ha corrido en vano buscándole en el cieno de los placeres; finalmente el Marqués de Priola, puesto que nunca ha podido amar, promete que sabrá aborrecer y jura no salir de este mundo hipócrita sin echarle en cara su desprecio por la iniquidad de sus leyes. "Hasta mi último suspiro—dice—se han de oír mis blasfemias." Dirigiéndose entonces á Morain, con todo el odio y desprecio de que es capaz, convirtiendo un lazo santo en instrumento de venganza, hace la revelación final diciéndole que él es su verdadero padre. Tómale una congoja y cae sin sentido, recogiendo Morain, que ha oído horrorizado el atroz secreto. Acuden todos; el médico le reconoce, encontrándole bajo un ataque de ataxia, pronostica para antes de seis meses la ceguera y la parálisis, estado que con pleno dominio de su razón puede durar largos años. Aterrados se preguntan todos: ¿Quién le cuidará? y Morain se adelanta y con épica sencillez responde: ¡Yo!

Tal es el drama, trazado y conducido desde la primera hasta la última escena con extraordinaria firmeza. La experta mano del autor ha dibujado un tipo nuevo de D. Juan ó presentado al héroe legendario bajo un aspecto nuevo; sin embargo, entre el Marqués de Priola y el burlador de Sevilla tal como le han llevado al teatro otros célebres autores, no hay más lazo común ni más parecido que su "oficio" de seductor, la arrogancia y el convencimiento de los propios méritos. Este Don Juan moderno es más frío, más repugnante, un malvado que acaba por hacerse odioso aunque las mujeres se le disputen entre sí. Precisamente en ese modo de ser de Priola, en su cultivo del mal por el mal, en su delirio de dañar y hacer sufrir y en la machacona insistencia con que nos lo refiere alabándose de ello venga ó no á cuento, está el mayor peligro de la obra, y por ahí podría ser tachado de inverosímil el carácter principal. A todo evento en la obra se hacen frecuentes alusiones á una enfermedad nerviosa que el Marqués padece, y así se disculpa todo, sus caprichos extravagantes y algunos arrebatos inesperados; igualmente se prepara de ese modo el efecto final, y no parece violento ni arbitrario que el autor disponga de la hemiplejía para que ésta caiga sobre el abominable conquistador en el momento oportuno para castigar sus vicios.

El segundo acto es indudablemente el mejor y un modelo que estudiar; sus dos escenas capitales, la de Priola con Mme. Valleroy y la del mismo Marqués con Morain, están cada una en su género magistralmente hechas: en la primera acabamos de penetrar en el alma del protagonista, á uno de cuyos éxitos asistimos, y trabamos conocimiento con un tipo curiosísimo de mujer deliciosamente interpretado por Mme. Bartet; en la se-

gunda estalla violentamente el conflicto entre el severo y recto Morain y su amigo y mentor; termina esta escena y el acto con un efecto de primer orden, entre los aplausos de la concurrencia. Lo mejor del último acto es la esena con Mme. Savières y el trágico final cuando sobre el indignado Morain cae abrumándole la noticia de que su padre es el hombre cuya conducta le ha sublevado.

Toda la obra está admirablemente dialogada, el dominio de la forma es completo y es lástima que resulte afeada por dos ó tres "desvergüenzas" del héroe que nada añaden de nuevo ni de bueno y pudieran haberse evitado.

Con todo, yo creo que esta obra sería moral y *legalmente* imposible en España; no porque en esta tierra no haya algún Priola, algún hermeso varón de tan buena fortuna como el protagonista de este drama, que sí habrá, ni mucho menos porque nos falte el correspondiente Lavedan que le lleve á las tablas; pero yo creo que escrito el drama en castellano y por autor de aquí no había de ser del agrado del público, aparte de la imposibilidad *legal* de que hablaba antes, ya que entre nosotros no puede ocurrir el caso de que un caballero haga el amor á una señora que fué la suya y que ha pasado á serlo de otro. No pienso detenerme sobre esto ni analizaré el fenómeno que frecuentemente hemos observado de aplaudir obras extrañas representadas en su propia lengua que en castellano fueron rechazadas, sin que esto signifique que *Le Marquis de Priola* pudiera hallarse entre ellas.

Para terminar, réstame decir que en la interpretación alcanzaron un triunfo Mr. Le Bargy y Mme. Bartet, afortunados creadores de sus personajes en la Comedia Francesa, y que los demás actores no descompusieron el conjunto.

SALVADOR RODRIGO.

*
**

Respetando la opinión de mi amigo el ilustre Rodrigo, así como de paso haré constar: Que al estar constantemente investigando qué obras de las nuestras se parecen á las francesas, entiendo que viene como anillo al dedo hacer saber que de las seis ó siete obras que ha representado la Compañía francesa, en su tendencia las dos más importantes, *Le Marquis de Priola* y *On ne badine pas avec l'amour*, tienen muchas reminiscencias de *Vida alegre y muerte triste*, *No hay burlas con el amor* y *El desdén con el desdén*.

Muchas veces lo he dicho: lo que sabemos en este mundo, lo sabemos entre todos.

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

A un poeta gordo y viejo que tiernas endechas canta.

¿*Quousque tandem*, oh poeta,
astro de luz eclipsada,
no te cansarás de trovas,
de suspiros y de lágrimas?

¿Cuándo tu enorme cabeza
rucia, que camina á blanca,
lograré ver, oh rechoncho
Cupido, metida en caja?

Eres un hombre de peso,
tu cutis se vuelve pasa,
y no adelantas un paso
en el concierto del alma.

¿Quién ha visto en tan gran mole
semejante extravagancia?
Versos si no me ha mirado,
versos si se pone mala,
versos si la he visto en misa,
versos si cruje su falda,
versos si se desayuna,
versos si riñe á su fámula,
versos si pisan su perro,
versos si su gato maya,
y si escupe su papá
y si su mamá regaña,

y si llueve, y si hace sol,
y si está obscuro, y si.... basta,
pues tantos y tantos versos
entona tu musa crasa,
que más que versos parecen
ensartas de butifarra.

Mírate el buche por Cristo,
tócate por Dios la panza,
y no toques más la lira,
que no cabe ya en tu falda.

Ocúpate únicamente
en lavarte bien el alma,
y en pedir á Dios clemencia
para que pronto no haya
una de San *Andremij*
en que los cebones caigan,
cual hizo caer hugonotes
la Barthelemy de Francia.

Tus flores son ya de trapo,
y de sebo son tus lágrimas,
y son tus tiernos suspiros
unos ronquidos que pasman.

Pero si tu ruin destino
es fatigar tu garganta
con esos cantos, que son
más bien canteras muy ásperas,
sigue cantando, cantando,
émulo de las cigarras,
pero canta el canto llano,
que es el que mejor te cuadra,
y del Parnaso no intentes
subir las pendientes agrias,
pues no es dado á tu volumen
ni á los años que te marcan
elevarte á sus alturas
detrás de las nueve hermanas,
sin que resbales mil veces,
sin que otras tantas te caigas.

Cupido *pluscuam* pretérito,
tu musa tras de tu masa
se escondió hace mucho tiempo
para ocultarnos su calva;
imítala tú prudente,
y, enjugándote la grasa,
come, bebe, duerme, ronca,
erupta, bosteza y calla,
y ganarás mucho en ello
la literatura patria.

ANTONIO RUBIO 1.

Almería.

EL GREMIO DE VERDUGOS

"Se convoca á los ejecutores de la justicia, sus ayudantes y los que aspiren á tan honrosa profesión, para defender los intereses de la clase: sólo podrán hablar los asociados, etc. etc...."

El teatro estaba lleno de curiosos atraídos por el anuncio; y como vacaba una plaza de verdugo, los socios inscritos llenaban el salón: había, entre los pretendientes al destino, doctores, arqueólogos, boleros, ex gobernadores, obreros no asociados, cómicos sin contrata, amoladores sin piedra y una señorita.

El presidente invitó á los asociados á esclarecer y dar contestación á la pregunta primera.

¿*Qué medios deben adoptarse para honrar la menospreciada profesión de los ejecutores de la justicia?*

—Señores — dijo un letrado macilento: — las preocupaciones del vulgo, que han alejado á mis clientes propalando que infundo mal de ojo, han

1 Nuestro querido colaborador Antonio Rubio, de quien todavía conservamos algunos originales, que hemos de publicar, ha fallecido en Almería, haciendo el número once de los colaboradores de GENTE VIEJA que en dos años han pasado á mejor vida.

Todos los *mozos viejos* acompañan con el corazón á la familia del finado, y se proponen publicar más adelante apuntes biográficos de tan esclarecido escritor.

tachado asimismo de vil una función grave del poder judicial. La ley que impone pena de muerte es la manifestación más alta de la soberanía nacional; el tribunal que la aplica ejerce el más tremendo de los ministerios, pero todo sería papel escrito sin el funcionario que lo cumple. En éste reside el poder ejecutivo. El que asume todas las realidades de la ley y la sentencia, es el verdugo. Es el sacrificador y el sacerdote de la ley: si otro que él matase al sentenciado á morir, sería culpable de homicidio, porque es el único que tiene el privilegio de retorcer el pescuezo á un rival, acaso á un acreedor, tal vez á su casero. Y con tales atribuciones ¿no es venerado de las gentes?

(Murmillos de aprobación.)

Su hacha ha derribado cabezas de reyes, de santos, de pontífices; las más altas jerarquías humanas se han arrodillado á sus pies en el cadalso: hasta la inocencia, que es en el patíbulo la principal categoría, le ha inclinado el cuello sin deshonrar su cuchillo, porque en las sentencias inicuas, ó los errores judiciales, el único inocente es el verdugo. Sus funciones son angélicas....

(Grandes protestas en el público le impiden continuar; sólo puede colocar algunas palabras.)

Un oyente.—Empezó con suerte, pero lo ha echado á perder: indudablemente tiene pato.

El letrado.—Sí, señores: hasta en el cielo hay un ejecutor de la justicia.

(Redobla la gritería: el presidente, queriendo cubrirse, toma por equivocación el tintero y se le vuelca en la cabeza. Los gritos se convierten en aplausos y risas: el presidente inútil es reemplazado por un negro.)

Una voz en la última galería.—¡Preferimos el otro, tiene menos tinta!

El letrado.—Sí, señores: el Angel Exterminador, que mató en una noche á todos los primogénitos de Egipto.

(Redobla la gritería y tiene que sentarse.)

—Todo lo que hemos oído es pura retórica—dijo un ex gobernador que desempeñaba en comisión una plaza de sereno;—nada se ha propuesto para dignificar la clase: pido que se exijan condiciones intelectuales....

—¡Vaya una gaita!—replicó un verdugo jubilado—¿queréis que nos busquen? Pues procuradnos mucha gaita.

Un aplauso cerrado demostró que el viejo interpretaba el sentimiento general.

* *

Pregunta segunda: ¿Cómo podría resultar muy lucrativa nuestra profesión sin gravar el presupuesto?

Un barba cargado de familia pide que se restablezca el tormento.

La voz de las alturas.—¡Ya existe!

—Pero es una injusticia que se administre gratis.

Un dómine.—¿No podría adoptarse el restablecimiento de los azotes y su redención á metálico?

—Todo eso es bueno—dijo un médico que por falta de recursos para pagar el título ejercía como apóstol—y nada de eso basta; antiguamente se cortaban manos y pies, lenguas, orejas y narices, á costa de los reos; no veo inconveniente en continuar las tradiciones.

El público protestó, pero el orador continuó diciendo, apoyado por sus consocios:

—¿No tiene el Estado derecho de vida y muerte sobre el individuo? ¿Consta entre los derechos individuales el de conservación de las orejas? Pues si el Estado es dueño del todo, lo es de cada parte, y aun el municipio debería tener dominio sobre algunos miembros, como los pies, que gastan el empedrado, ó la nariz, que ocupa la vía pública....

—¡Calla, buchí!—exclamó en la galería un hombre narigudo—ese castigo es denigrante.

—Niégolo—replicó con viveza un arqueólogo que se había arruinado entre las ruinas;—en el siglo VII Leoncio destruyó al emperador Justiniano II, le hizo cortar la nariz y las orejas y le usurpó la corona; el capitán Tiberio hizo lo mismo con Leoncio y escribe el grave historiador Gonzalo de Illescas: "tenía entonces el mundo tres emperadores, con no más de una nariz entre los tres, y dos orejas,."

—¡Bravo por la cita, bravo!—gritaron varios aspirantes y verdugos.

—¡Bravo!—repitió un individuo arrojando prospectos desde un palco.

Eran anuncios: un ortopédico se ofrecía á reemplazar con ventaja los miembros perdidos, y añadía: tenemos lenguas de resorte con cuerda para hablar una semana; todo hombre público que las examine adquirirá las nuestras y echará la suya al gato.

—Señores—prosiguió el médico,—las artes adelantan; si antes el cuchillo sólo hacía operaciones fáciles, hoy podríamos, sin matar al reo, extraerle los riñones por justicia. Es un castigo más científico y conforme con la tendencia actual, que rechaza las ejecuciones públicas; nada tan íntimo y misterioso como la extirpación de ese órgano interior. Se opera al reo, paga la cuenta, se abrocha el chaleco, sale á la calle y nadie sabe si tiene ó no riñones.

Se acordó dirigir á las Cortes un suplicatorio para que no desperdiciasen esta fuente de ingresos, que desarrollaría la riqueza pública, por ser raro el español que llegase á cierta edad sin dar motivo para que le cortasen algo, y para que no prescribiese el derecho de desorejar y desnarigar al contribuyente en perjuicio del gremio que reclama.

* *

Pregunta tercera.—¿Qué instrumento moderno es preferible para ejecutar á los reos con arreglo á los adelantos del siglo?

—Todo se ha utilizado para la muerte—dijo el arqueólogo,—hasta las artes más suaves: la música ha dado instrumentos de percusión como la maza, de metal como el hacha, de viento como la roca Tarpeya, de cuerda como la horca, que se puede considerar de cuerda y viento; la cocina dió la idea de la hoguera, y prestó al patíbulo sus desollamientos, parrillas y tenazas; el baño templado en que se desangró Sócrates, ¿qué es sino el baño de maría?

Voces.—¡Basta de ciencia, basta!

Arqueólogo.—Me callaré, pero prefiero el garrote.

La voz desconocida.—¡Dársele!

La discusión fué breve; todos convinieron en que la máquina moderna más propia para la destrucción del cuerpo humano y, por consiguiente, para las ejecuciones capitales, era el automóvil.

* *

La junta iba á terminar, pero todos permanecieron en su sitio al oír que la señorita, callada hasta entonces, deseaba decir unas palabras. Era una rubia de rostro y figura angélicas.

Señores—dijo con voz dulce,—no podemos separarnos sin decidir algo en favor de los pobres sentenciados. Por ellos y sólo por ellos solicito la plaza de verduga; porque la mano de la mujer es más suave, y una miradita cariñosa en el último trance siempre es un consuelo.

Todos aplaudieron con entusiasmo.

—Pero es preciso algo más práctico y conforme con la sensibilidad pública: reclamo la aplicación del cloroformo en las ejecuciones capitales.

El entusiasmo se convirtió en delirio; todos querían abrazar á la oradora.

—Pido—añadió el médico en el colmo de la emoción—que no se ejecute á nadie sin desinfectar antes el aparato.

—Y yo—añadió llorando un socio obrero—que se fije para el verdugo en ocho horas la jornada máxima de trabajo.

Y la junta terminó.

Un buen mozo, que esperaba á la puerta de teatro con la capa terciada y puro en boca, dijo a ver pasar á la oradora:

—¡Señorita, señorita!

—¿Qué se ofrece?

—¿Quiere usted ejecutarme?

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

CURIOSIDAD LITERARIA

Prólogo escrito y recitado al inaugurarse la temporada teatral de 1841, en el *Teatro Español*, por el primer actor D. Julián Romea, á nombre y en presencia de toda la Compañía:

Yo, el último en merecer, público, distinción tanta, me vengo ante ti á poner, y acatando tu poder mi humilde voz se levanta.

Si no á mi escaso talento, apelaré al corazón; y en tan solemne momento, como diga lo que siente, tú aceptarás mi intención.

Y también disculparás la elocuencia que me falta: torpe mi voz hallarás; pero en cuenta tomarás un recuerdo que me asalta.

—
¡Bajo esta bóveda, un día del arte rico tesoro, con poderosa energía, donde ahora suena la mía sonó la voz de Isidoro! ¹.

Bien ves que mi abatimiento tiene sobrada razón; por eso en este momento yo te diré lo que siento; acepta tú mi intención.

Héme aquí, pues, rodeado de los que la puerta á abrir van del templo levantado que con un deber sagrado vienen juntos á cumplir.

Y yo, aunque indigno, elegido, daré en su nombre el ejemplo, saludando agradecido á la que alzar ha sabido á las artes digno templo.

—
Que apenas reina, comienza á dar al talento honor; como á ejemplo de Provenza, los Berengueres de Entenza y los Rogeres de Flor.

¿Lo veis? El arte ensalzando, los bellos ojos tornando á la dulce poesía, su alto favor les envía la nieta de San Fernando.

Y así debió suceder; que allá bajo su aureola, el cielo la hizo nacer, sensible como mujer, hermosa como española.

He aquí, pues, la noble arena que llama á los trovadores; que si á vigiliat condena, también de esperanzas llena brota laureles y flores.

—
¡Venid todos; y pulsando el bien templado laúd, vuelen sus ecos vibrando tan nobles cantos llevando, española juventud!

¡Oh! Me lo da el corazón; dirán cien pruebas brillantes que es ésta, y no sin razón, la patria de Calderón y de Miguel de Cervantes!

Sí; de su luz los destellos la juventud seguirá, y eternos lauros y bellos, como á nosotros aquéllos, á otros siglos legará.

—
Sin otra escuela ni bando que el buen gusto, irán así dulcemente resonando, aquí el caramillo blando, el arpa del bardo aquí.

¹ El gran actor Isidoro Máiquez.

Y el mundo envidiará en tanto
á este pueblo singular
que, del alárabe espanto,
como triunfar en Lepanto
sabe sus triunfos cantar.

¡Sí; ningún pueblo en la tierra
te iguala á ti, España mía;
que en la paz como en la guerra,
ninguno como tú encierra
tanta rica poesía!

¿Dónde está el alma de hielo
que no la siente en un suelo
como este suelo español,
con su fecundante sol
y su transparente cielo?

¡Con sus ricas tradiciones,
sus campos que brotan rosas,
sus bien ganados blasones,
sus conquistadas regiones
y sus mujeres hermosas!

Del uno al otro confín
vuela esa lista sin fin
en que España cuenta ufana,
de Juan de Mena á Quintana,
desde Lope á Moratín.

¡Venid, venid, trovadores,
y á esas glorias castellanas
añadiendo otras mayores,
ciñan coronas de flores
vuestras cabezas galanas!

Cruzando los siglos van
nombres que no morirán,
de veneración objeto:
Lope, Calderón, Moreto,
Rojas, Tirso, Montalván.

Pues bien, su noble memoria
herir vuestras almas debe:
lleve también á la historia
brillantes palmas de gloria
nuestro siglo diez y nueve.

Venid y juntos marchemos,
y nuestras fuerzas juntemos,
y por diferenres modos,
quizá ayudándonos todos
á la cumbre llegaremos.

Mientras vosotros cantáis,
y la virtud celebráis,
y cien venerandos nombres,
para ejemplo de los hombres,
á los tiempos arrancáis,

Lucharán con fe sincera
los artistas españoles,
y sin envidia rastrera,
que del talento en la esfera
pueden brillar muchos soles.

Y no se unirán en vano
para fin tan soberano,
yo en presagiarlo me gozo,
el fuego ardiente del mozo,
la experiencia del anciano.

¡Y dichoso el que valiente
en tan generosa lid
gane el laurel esplendente,
y ciña con él su frente
ante el pueblo de Madrid!

¡Y arder sienta el corazón
de entusiasmo en vivas llamas,
al darle por galardón,
los hombres su aprobación,
y su sonrisa las damas!

¡Suprema felicidad,
cuya envidiable conquista
lleva á la inmortalidad!
¿Sabes público, en verdad,
lo que eso es para un artista?

No; cuando el aplauso siente,
no sabes tú bien, por Dios,
la magnética corriente
que de alto entusiasmo ardiente
se establece entre los dos.

Es tu más leve rumor
chispa eléctrica que salta,
y con celestial vigor,
hiere el alma del actor,
y la acalora y la exalta.

Porque llega, el fuego prende,
y hace la antorcha brillar
de la inspiración que enciende:
misterio que se comprende,
que no se puede explicar.

Pero tal fuerza le envía,
le da tal vida y calor,
que hay momentos, á fe mía,
en que decirse podría
que eres tú el primer actor.

¡Ea pues; alto á marchar;
vates de España, á cantar;
artistas, á combatir;
hombres de ciencia, á escribir,
y tú, Público, á juzgar.

.....

Y así se alzaré, lo espero,
del Arte el naciente sol;
y España, en su hablar severo,
decir podrá al extranjero:

«TENGO UN TEATRO ESPAÑOL.»

JULIÁN ROMEA.

REVISTA PARLAMENTARIA

Mejor podríamos decir política, porque la decena casi se ha pasado sin sesiones á consecuencia de la crisis, que ha venido á ser un ejemplo más de lo que es la política moderna.

Como he indicado en otra ocasión, ni la consecuencia ni los compromisos adquiridos representan hoy absolutamente nada en la política, que ha llegado á ser una profesión, un medio de ganar la vida por virtud de preparación y aptitudes especiales; de cuya profesión se obtienen resultados de la misma manera que lo obtienen los que, porque saben tocar el violoncello ó manejar el Morse, se ganan su vida en los conciertos ó en los aparatos telegráficos.

Es decir, que hay políticos técnicos y profesionales, que constantemente se ocupan de política, defendiendo unas veces unas cosas y otras veces otras, según los tiempos y las circunstancias.

De la misma manera que Thuiller, Donato Jiménez, Morano, García Ortega, González y todos los primeros actores están unas veces en unas compañías y otras en otras, siendo siempre aplaudidos y siempre cómicos, de la misma manera la mayor parte de nuestros políticos de primera fila hacen unas veces la comedia y otras el drama, según sus contratas y las aficiones del público, y al principio de cada temporada teatral trabajan en unos ó en otros teatros, con éxito vario, según los tiempos.

Cuando yo era muy joven y la dalmática me sentaba á las mil maravillas, y no tenía calva, y el estar de pie algunas horas al lado de la Presidencia no me fatigaba ni poco ni mucho, D. Patricio de la Escosura, que siempre había sido progresista, aceptó un cargo importante en la Unión Liberal, y todos los que se ocupaban de política se escandalizaron, y aun por aquellos tiempos se miraba con verdadero menosprecio á los que cambiaban de opinión, á quienes se llamaba *resellados*, adjetivo que implicaba un desdoro.

Hoy no: se ha inventado lo de la ponderación de fuerzas, que consiste en reunirse hombres que tienen criterios distintos sobre puntos políticos, con objeto de hacer un gobierno *uniforme*.

De forma, que de la misma manera que la moral varía al compás de los tiempos, la moral en política ha variado de un modo absoluto: la consecuencia y los antecedentes no significan nada, y toda la realidad de los políticos profesionales se reduce á la realización, á diario, de los cuatro contratos innominados de que hablaba el derecho romano y que se definían así:

“Doy para que des.” “Hago para que hagas.”
“Hago para que des” y “Doy para que hagas”.

UN MACERO DEL CONGRESO.

ESQUELAS FÚNEBRES

*La niña Ruperta López
y Ortiz, ha subido al cielo.*

SUS DESCONSOLADOS PADRES.....

etcétera. No me meto
en camisa de once varas;
mas digo, que no comprendo,
si al cielo sube la niña,
á qué viene el desconsuelo.

JOSÉ MABÍA NOGUÉS

DE UN LIBRO EN PRENSA

ALCALÁ EN 1850

CAPITULO VI

Las modas y los trajes.—El primer periódico de modas, las genovesas, las cocas y los tirabuzones (*tirebouchon*, sacacorchos en francés).—Los sombreros de copa alta, galgas, camisolines y mantillas de tira.—Las fajas de cinco varas.—Modo de llevar el reloj.

Bastante hemos hablado de cosas tristes; el atraso de la ciencia no era exclusivo de Alcalá, como no era exclusivo tampoco de él lo que podemos llamar la indumentaria, la manera de vestirse las gentes en 1850. Recuerdo un primitivo periódico de modas, quizá, y sin quizá, el primero que se publicó con *El Museo de las Familias*, que constando sólo de dos páginas en cuarto y un grabado, siempre el mismo, en la portada, y en madera, por supuesto, se miró como un progreso extraordinario. Llevaba por lema este versito, que no he olvidado:

Hay una diosa inconstante
Que á todos nos incomoda;
Se va y vuelve á cada instante,
¿Cuál es su nombre? La moda.

El grabadito representaba una señora peinándose con peinadora; ¡el colmo del lujo! De este calibre era entonces el periodismo; pues con todo, se miraba como una gran cosa, y á mi casa iban semanalmente á consultar el oráculo las señoras de Alcalá que no recibían cada ocho días el mísero papelillo. Cuatro ó cinco articulos sobre el color de los vestidos ó sus adornos, y una novelita que se publicaba en dosis verdaderamente dosimétricas; doce renglones en cada número, pues no cabían más, era lo que el buen periódico, precursor de *La Moda Elegante*, contenía. Por supuesto, que ya se habrán figurado ustedes que esto no se publicaba en Alcalá. ¡Bueno estaba Alcalá para esas impresiones y gollerías desde que desaparecieron las *oficinas* donde se imprimieron los Lebrijas, los Portillas y la gloriosa Biblia de Cisneros!

No sé á punto fijo si lo diría el periodiquito ese; pero lo primero que recuerdo de modas femeninas es la amplitud de las faldas..... y los tirabuzones. Estos fueron derrotados por las *cocas*, especie de guarda orejas, bastante feo, que junto á un talle muy alto, daba á las mujeres extraño aspecto. El sombrero era cosa casi desconocida; las niñas empezaban á usarlo, pero aún más una especie de toca que caía por los hombros y que era hecha de estambre. Decíanla “Genovesa”, y aunque yo no sé si vendría de Génova, lo que sé es que la he encontrado muchos años después en Francia en los Altos Pirineos, y así está retratada también la Bernardette de Lourdes.

El zapato bajo con galgas lo gastaban las damas, y las botinas de elásticos era cosa tan desconocida, como el mismo teléfono interurbano. En los hombres predominaba, es decir, dominaba, porque no había otro, el sombrero de copa. Pero no el que ahora conocemos, sino una especie de torre que gastaba todo género de personas, y el que haya conocido en pie la torre de la *albarrana* (almorrana, decían en Alcalá), podrá formar idea de aquel gigante artefacto que gastaban hasta los mozos de cuerda. Yo he conocido al antiguo cartero de Alcalá repartir la correspondencia con la indispensable chistera. Los comerciantes antiguos pasaban el día en la tienda adornados con tan incómodo chisme, como hoy hacen los porteros de

la grandeza; pero los modernos empezaron ya á usar gorra, relegando para sólo los domingos tan extraño artefacto, por supuesto, los amos (entonces no se conocían los jefes), pues los horteras estaban con la cabeza al aire, aunque el termómetro marcara algunos grados bajo cero; pero como no había termómetros más que en el Observatorio, no lo conocían siquiera. Una capita corta, generalmente azul, para los días de trabajo, y otra de gran esclavina y con cordones para los festivos (en invierno se entiende), era el colmo del lujo. Las anchas mantas cerradas por un lado para la gente del pueblo, y tal cual mantón para las mujeres, ó un pañuelillo cruzado sobre el pecho, era todo lo que se estilaba. El lujo moderno ni se sospechaba siquiera, y cada uno era estimado por sí y no por el vestido. Las muchachas de servir salían á la calle sin toquillas, que no se conocían, en pelo; sólo para ir á confesar, (que lo hacían indefectiblemente con sus amas, en toda fiesta principal ó jubileo) se les permitía una mantilla de ancha tira de terciopelo, que también llevaban á los sermones de San Felipe, con un modesto vestido obscuro, sin el lujo que hoy se ve en estas clases.

Las fajas enormes de los hombres eran la gala de los mozos crúos; las había de muchas varas, siendo admirable la habilidad de colocarlas, y, sobre todo, el no morir de calor con tal cantidad de lana sobre los riñones; y en la gente que gastaba camisa (había como ahora quien no la tenía, y eso se ahorrraba), pasaba por bien visto el uso del camisolín, que era una especie de pechera postiza que se sujetaba á la espalda con cintas; de puños no hay que hablar, se lucían los naturales.

El reloj en los hombres, aquellas antiguas calderas de paletas, se llevaban en un bolsillo del pantalón hecho en la cintura, y se sujetaban con un cordón, lo que producía una extraña postura cada vez que había que mirar la hora. Más tarde los ratas convencieron á los elegantes de lo ridículo que esto era, y se puso el reloj en el chaleco, primero con cadena, luego sin nada.... y se aprovecharon bien de tal innovación. Particularmente las señoras que ahora llevan reloj, parece que van diciendo: "á ver, quítemele usted", si bien esto es para lucir otras cosas; es una provocación.... ¡y que nos venga luego Unamuno echándonos la culpa del *afroditismo!*

Recuerdo todavía el frac azul con botón dorado de cierto novio en la noche de 29 de Octubre de 1853, y los que llevaban, aunque negros, los concejales (que algunos se veían negros con ellos), en los días que repicaban gordo, en San Justo; saliendo el Ayuntamiento de una modestísima casa (mejor tugurio), que era pomposamente "la segunda casa municipal", lo mismo que en Madrid, ni más ni menos ¹. El paso del ilustre (entonces, aunque excelente, no era todavía excelentísimo), "bajo mazas", como ahora dicen los periódicos, y que yo creo que debía ser "entre mazas", pues no llevan los alguaciles al Ayuntamiento debajo, hubiera chocado mucho por la calle Mayor; aquellos ediles eran poco amigos de lucirse; verdad es que no se llamaban ediles, ni sabían lo que esto era; probablemente les hubiera parecido un mote. En estos días el sombrero de copa alta se sacaba por la mañana y ya no se dejaba ni para estar á las puertas de las tiendas, los que tenían comercio. Alguno había que todos los domingos se lo ponía para ir á misa y.... no sé si comería con él. Los democráticos hongos vinieron mucho después; todavía era obligatorio el de copa para los estudiantes de "facultad mayor", como se decía desde el primer año de la carrera, y era de ver á unos mozos de diez y seis años con aquel chisme jugar á las cuatro esquinas en la misma calle Ancha, ó darse de bofetadas en los claustros de la Universidad, sin que ni Díaz, ni Casimiro, ni Boccolo, célebres bedeles de entonces, pudieran impedirlo. Con algunos que han sido ministros muchas veces y presidentes del Consejo tuve el honor de compartir aquellas travesuras; pero esto *ha muito tempo que ha pasado*, y aunque no sea mentira, como decía el predicador portugués, no es de Alcalá.

Se quiso después implantar el hongo, por los

años de 1860, cuando la guerra del moro, y hasta se escribió una piecicita que se titulaba *La guerra de los sombreros*, porque encontró mucha oposición sólo por querer imponerlo, que esto es muy español. Yo no recuerdo si fué Campoamor ó Palacio quien burlándose de esta oposición, dijo por entonces:

Yo no rechazo ni apadrino el hongo,
Si todos se lo ponen, me lo pongo.

Pero no se lo pusieron entonces; hubo un partido ferviente de la chistera, y para desacreditar el hongo se lo regalaron unos señoritos á una docena de cocheros de punto. Así acabó de perder la batalla. Pero este hongo de que vamos hablando, y hablando mucho, no era el que hoy se usa, sino el verdadero, el de Velázquez, el antiguo sombrero que llevaron Quevedo, Felipe IV y su corte, con plumas y de cintillos de oro:

¡Qué galán está Verger,
con cintillo de diamantes;
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer!

no era este triste hongo que hoy conocemos, ni aun el Frégoli, aunque éste se parece más á lo que fué entonces derrotado; era el sombrero de plumas, y un batallón lo gastaba en 1867. El respetable General Sierra, hoy en Alcalá, recordará haberlo usado de subalterno y soltero; el que esto escribe, por motivos análogos á los que él tuvo, pudo encontrarse con aquel bizarro capitán muchas veces, creyéndose transportado á la XVII centuria y á los tercios de Flandes, en la prosaica calle de Relatores.

Los hombres de pueblo usaban unos tremendos sombreros con aros de cuba, de un peso igual al más blindado de los cascos prusianos, y de un material tan grueso, que de viejos se utilizaban para tacos de escopeta; indudablemente hemos degenerado; hoy no podrían con ellos los enclenques paletos que se entusiasman con el cinematógrafo de las ferias.

Dos palabras sobre el calzado. No se conocía el *brodequin*—como hoy dicen en bárbaro los zapateros ilustrados,—sino borceguíes con su trencilla y ojetes. Las botas altas llegaban hasta la rodilla, y hacían buena figura al patalón; era bota de montar.... para andar por casa. El zapato no se permitía sino en la intimidad de la familia; los que hoy los llevamos blancos, hubiéramos sido apedreados como máscaras.

He omitido decir algo de las corbatas. Los militares llevaban un enorme corbatín de suela que les obligaba á llevar recto el cuello; era casi la pena de argolla. Los eclesiásticos gastaban indefectiblemente lo que aún se llama "alzacuello"; no era blanco, como el coquetón cuellecito que hoy gasta la mayoría de los curas jóvenes, y que es casi un cuello de seglar, más ó menos de moda; era un aro, duro, generalmente bordado de abalorios de colores, figurando puntas azules ó blancas; este era el obligado para traje talar en los curas de pueblo, cuando venían á ver al Sr. Vicario (porque antes Alcalá era casi cabeza de diócesis, y no como ahora diócesis: *in partibus infidelium*); digo si venían á ver al Sr. Vicario, porque si no el traje de los curas de pueblo era igual al que gastan en Francia los curas ingleses: un levitón largo, aunque viniesen á caballo, y un enorme sombrero de copa, que solía durar todo el tiempo de un curato de término. Tan parecido era el traje al de los ingleses, que recuerdo haberme encontrado en Francia, pero cerca de la frontera, á un cura así vestido, y creyéndole Párroco de Irurita ó de Fuenterrabía, le pregunté: ¿Sabe usted si habrá misa ahora? Y me quedé con la boca abierta cuando, quitándose el sombrero, muy cortésmente—y en esto ya conocí que no era español— me dijo muy serio: *¡I did not understand you!*

Las corbatas de los seglares obedecían al mismo principio de molestar y el llevar alto el cuello; restos de la ativez española que nunca dobló la cerviz. Se componían de una almohadilla de crinolina ó tela blanca muy fuerte, en figura de pez; á ella se arrollaba un pañuelo de seda, gró ó raso, de modo que sobresaliese por las dos puntas, y con este artefacto no se daban más que dos vueltas al cuello, viniendo las puntas á formar lazo debajo de la barba. Dudo mucho que haya hoy, no ya paisa-

nos, pero ni aun militares que no protestasen del uso de tan incómodas prendas; preciso es confesar que nos hemos afeminado mucho; nuestras costumbres se han vuelto *dulces*—como dicen ahora los comerciantes—para decir que el precio es barato; dulce. ¡Así anda ello!

FÉLIX DÍAZ GALLO.

Á UNA MUERTA

Vuelve á mi lado, ven, que está vacía
mi casa, desde el día
en que te vi postrada en sueño eterno;
cuando al pie de tus míseros despojos
lloré, puesto de hinojos,
pasando las torturas del infierno.

Transido de dolor, por vez postrera
besé tu cabellera,
cubrí tus manos de amorosos besos;
y al mirarte entre cirios y blandones,
sentí las sensaciones
del frío de la muerte hasta en mis huesos.

Aumentando mi pena, una campana
de la ermita cercana
doblaba sin cesar, tocando á muerto,
mientras yo contemplaba con espanto,
al través de mi llanto,
tu rostro angelical, lívido y yerto.

¡Qué día tan horrible! Mil ideas
pavorosas y ateas
llevaron mi razón al extravío,
y en los linderos ya de la locura,
con mi atroz desventura,
todo en el mundo lo encontré vacío.

Como el ángel rebelde, contra el cielo
me revolví en mi duelo,
viendo en mi corazón la fe perdida,
y como Satanás al rebelarse
vi mi soberbia alzarse,
dudé de Dios y aborrecí la vida.

Yo, ruin gusano, blasfemé iracundo
del Hacedor del mundo,
del que todo lo rige y lo dispone:
hoy, postrado á sus plantas y abatido,
estoy arrepentido
de tanta avilantez. ¡Dios me perdone!

Y desde entonces mi existencia amarga
es la pesada carga
que llevo aún, con la que ya no puedo;
y cumplo con las leyes del destino
siguiendo mi camino;
pero al ver que es tan largo, tengo miedo.

Llorando me sorprende el nuevo día,
por la noche sombría
me quita el sueño mi dolor profundo;
va minando mi ser el sufrimiento,
y soy, aun cuando aliento,
un cadáver que vaga por el mundo.

Es mi casa vacía un cementerio,
allí reina el misterio
que reina en el agosto composanto;
y al ver, todos, que está triste y desierta,
nadie llama á mi puerta,
y es tal mi soledad que causa espanto.

Vuelve á mi lado, ven, ¡hija adorada!
desde la tumba helada
vuelve á mi hogar, que fué nido de amores
cuando tú le llenabas de alegría,
cuando Dios no quería
que allí se aposentaran los dolores.

El tiempo pasa, mi dolor creciente
me mata lentamente;
y como estoy cansado de llamarte,
prepárame un lugar junto á tu fosa,
vuelca la blanca losa,
que hartó ya de sufrir... ¡yo iré á buscarte!

SANTIAGO IGLESIAS

¹ La segunda Casa Consistorial era un zaquizamí de dos huecos, que aún existe con el número 3 ó 5 de la calle del Empecinado, un paso de la Magistral. En ella se tomaban los dulces después de las procesiones, todo más modesto que ahora.

LA DECENA INTELLECTUAL

La ceremonia de ingreso del Sr. Picón en la Academia de Bellas Artes resultó verdaderamente solemne. No ha llegado el Sr. Picón á los sitios de las Academias como tantos otros sin merecimientos propios, debido sólo á compadrazgos políticos ó á influencias mezquinas, sino por esclarecidos méritos de todos reconocidos y alabados. Si su labor literaria de escritor castizo le condujo á la Academia Española, sus trabajos como crítico de arte, en nuestra humilde opinión de mucha mayor entidad, le han llevado á la de San Fernando.

En su brillantísimo discurso, que versó sobre "el desnudo y su escasez en el arte español", se deben considerar dos partes; en primer término la de erudición, notable por todos conceptos, abundante sin caer en la profusión, sería sin incurrir en lo enfadoso. En el terreno de lo artístico nos deleitó con una acabada pintura de los tiempos fabulosos de la historia griega; estudió luego con cinceladas frases el Renacimiento, poniendo de relieve la influencia nefasta del fanatismo en el desarrollo del arte español, y cerró el discurso con un párrafo que sentimos mucho no poder reproducir por falta de espacio, clara prueba de la huella profunda que en su cultivado espíritu han impreso las modernas ideas.

Contestóle con su extraordinaria competencia el Sr. D. José R. Mélida, que después de ensalzar los méritos del nuevo académico mostróse también decidido mantenedor del desnudo, como no podía menos de esperarse de su inmensa cultura artística.

Los cursos de "Estudios Militares" que diariamente se celebran en el salón de actos del Centro del Ejército y la Armada representan, no sólo una enorme suma de laboriosidad é inteligencia por parte de los peritísimos jefes y oficiales de diversas armas y cuerpos especiales que los explican, sino también una consoladora demostración de que nuestros elementos armados prestan la debida atención á todo linaje de estudios que con su noble profesión se relacionan. Quisiéramos disponer de espacio sobrado para dar cuenta minuciosa de todos ellos; pero no siendo esto posible, hemos de limitarnos en este número á enviar nuestra sincera felicitación por tan completo plan á la Junta directiva de dicho Centro, y en particular á su activo y digno secretario Sr. Cantarero. En la pasada decena verificáronse además dos notables conferencias, una del comandante de infantería Sr. Barbasán, sobre un tema jurídico-militar, y otra del elocuente ex ministro conservador Sr. García Alix, sobre el problema de nuestra marina de guerra.

En la Academia de Medicina tuvo lugar con gran solemnidad la recepción del nuevo académico electo Dr. Larra y Cerezo. El discurso de éste acerca de "Los grandes problemas higiénicos y sociales en relación con los institutos armados" fué un trabajo notabilísimo, demostración palmaria de la justa fama que su autor goza. Le contestó con brillantes términos el Sr. Fernández Duro, siendo ambos extraordinariamente aplaudidos por la selecta concurrencia.

En la Escuela de Especialidades médicas se han celebrado las siguientes conferencias de turno: del Dr. Call, sobre "Nuevo aspirador por la litotricia"; y del Dr. Mitjavila, sobre "Radiografía". Las extraordinarias estuvieron á cargo de D. Rafael Salillas y de D. José R. Carracido, que trataron de "La fascinación en España" y del "Análisis de la orina en el concepto fisiológico y clínico".

En la Gran Policlínica de socorro explicó el especialista Dr. Mut el tema "Higiene de la infancia: cuidados al recién nacido".

La Sociedad Geográfica enaltecó en sesión solemne y extraordinaria la memoria del insigne geólogo D. José Macpherson, siendo leída la oración necrológica por el docto catedrático de la Universidad Central D. Salvador Calderón. Presidió el Sr. Fernández Duro, y en nombre de la familia dió elocuente y sentidamente las gracias el Sr. Barón del Sacro Lirio.

Dieron comienzo en el Centro Gallego las clases de química experimental, á cargo del profesor de la Escuela superior de Artes é Industrias D. Ra-

miro Suárez, y las de Ciencias naturales, al del doctor en Filosofía y Letras D. Alejandro Goitia.

Continuó en la Acción Democrática la controversia del Sr. Barriovero "La huelga general", y en este mismo Centro celebróse una velada conmemorativa de los sucesos de Chicago en 1887.

El venerable patriarca de las letras y las libertades españolas D. Manuel de Llano y Pérsi, ejemplo de virtudes y consecuencia, pronunció un excelente discurso en el círculo Fraternidad Republicana, sobre tema tan escabroso como "Actualidad republicana", en el que no supimos qué admirar más, si la sinceridad de sus palabras elocuentes ó la virilidad de sus afirmaciones. Le precedieron en el uso de la palabra los Sres. Dorado y Celaya, presidentes del Círculo y de la Juventud republicana.

En el Salón Variedades realizó un *meeting* de propaganda la Juventud federal; pronunciaron razonados discursos los Sres. Solana, Bermejo, Nougés, Santana y los antiguos federales Sres. Corona y Pí y Arsuaga. Presidieron el acto los señores Jaime, Iglesias y López Galindo.

La sección científico-literaria de "El Fomento de las Artes", en junta general, ha elegido la siguiente directiva: Presidente, D. Manuel Alvarez; primer Vicepresidente, D. Manuel Sánchez Peña; segundo ídem, D. Emilio Gómez Suárez; Secretario-Contador, D. Manuel Feitomayo; Vicesecretario-Tesoroero, D. Francisco Monterde.

CAGLIOSTRO.

PERDER LA VIDA Y LA HONRA

(LEYENDA GRANADINA)

(Conclusión.)

XII

Ahora nos falta explicar si Zoraida ante la escena de la muerte de Abdilvar, volvióse loca de pena.

¡Ay! la mujer es mudable; se pone un sol y otro brilla. Un deudo del Condestable hijo-dalgo de Castilla.

De su Rey en embajada vino luciendo su porte, á residir en Granada y á presentarse en la Corte.

Como á Zoraida encontró y obtuvo el paterno agrado.... La crónica no aclaró; tal vez secreto de Estado....

Sí afirman que, aun siendo estfo, la hallan tras cortina espesa, muy temerosa del frío, en una torre leonesa.

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

LAS PETÚLIAS

Cuando el reloj dió la última campanada anunciando que eran las diez, empezaron los invitados por el Conde de Abdera á invadir los salones de su elegante morada.

El Conde de Abdera había estado viajando tres años por España y el extranjero, y cuando regresó á la Corte quiso ver reunidos á todos sus amigos, y al efecto organizó un baile en su palacio.

A las once los soberbios espejos de Venecia reflejaban en sus plateadas lunas todo lo más bello y elegante, tanto de la aristocracia española, como la del extranjero representada en la capital de la Monarquía.

El Conde iba de salón en salón saludando á sus amigos, pero no habíasele visto bailar durante la noche ni una sola vez. Desde que empezó el baile habíase ido poniendo pálido de tal manera, que cuando el reloj marcaba las doce menos cuarto

estaba su rostro tan lívido y sus ojos rodeados de un azul tan fuerte, que parecía el joven noble de Abdera amenazado de inesperada enfermedad.

Algunos amigos le preguntaron si le sentaba bien el clima español, y siempre contestaba que se encontraba perfectamente dentro y fuera de la Península.

El Conde quiso sorprender á sus amigos al final del baile, y para ello mandó poner una tómbola en uno de los salones, con multitud de bibelots y otros regalos, con los cuales proponíase obsequiar á todos.

Llegó la hora señalada para la sorpresa y los invitados penetraron en la estancia, profusamente iluminada á *ggiorno*. En el centro estaba el árbol, caujado de flores, de las cuales pendían lindas cintas de seda "lionesa".

Cada joven fué invitada á tirar de una cinta, y después de hacerlo, tocóle el turno al sexo fuerte.

Todos indicaron al Conde que él debía empezar.

Entonces el de Abdera se adelantó y dió un fuerte tirón de una cinta azul, que cedió suavemente, desprendiéndose del árbol un delicado ramo de Petúlias. Cogió el ramo el Conde rápidamente, y sin poder dominar una sonrisa que vagó por sus labios, miró en todas direcciones con ansiedad.

En aquel momento levantábase el cortinaje y aparecía la hija del Embajador de Inglaterra, vestida con traje color azul, de seda y encajes.

El Conde se acercó á ella, díjole algunas frases en voz baja, ofrecióla el ramo de Petúlias, que ella aceptó, y ambos del brazo penetraron en el *buffet* seguidos de los demás invitados.

ENRIQUE DE ESPINOSA

Barcelona.

LA COPA DE CIRCE

Refiere Glauco, el que las aguas mora, que quien de Circe en amoroso nudo la crátera probó, monstruo sañudo le tornaba su vara encantadora.

Ulises bebe y finge que lo ignora, y nada el raro sortilegio pudo, que, á conjurarlo imponderable escudo, Hermes le dió la hierba burladora.

Nueva Circe, Cleopatra soñó un día que en dulce cárcel de sensuales flores de Augusto cual de Antonio triunfaría; Ulises duerme de la maga en brazos y en la copa bebió de sus favores, y Augusto, sin beber, la hizo pedazos.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

EL MINISTERIO RELÁMPAGO

El día 18 de Octubre del año 1849 el General D. Ramón María Narváez, Duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros, había ido á las doce á Palacio á despachar con S. M. la Reina doña Isabel II y á llevarla diferentes decretos, entre los cuales había el ascenso de un Mariscal de Campo á Teniente General.

S. M. firmó la mayor parte de los decretos que llevaba en la cartera el Presidente del Consejo; pero al llegar al ascenso del Mariscal de Campo á Teniente General, la Reina lo cogió, lo separó y lo puso aparte, y siguió firmando hasta la terminación del despacho. Al concluir, el General Presidente del Consejo de Ministros la dijo:

—Señora, se olvida V. M. de firmar este decreto; y al mismo tiempo cogió el decreto que la Reina había separado y se lo puso delante para que firmara.

La Reina le dijo volviéndolo á separar:

—No lo firmo ahora; déjame, que yo lo estudiaré y tal vez más adelante lo firmaré.

—Está bien, Señora; pero ruego á V. M. me permita ponerle á la firma este otro decreto; y tomando un papel de encima de la mesa, extendió

la dimisión del Gabinete del que él era Presidente.

S. M. leyó el decreto, lo firmó, y levantándose de su asiento le dijo:

—Está bien, General; queda admitida la dimisión:

Salió Narváez de Palacio, reunió á los Ministros, les refirió lo que había pasado y todos aprobaron la conducta de su Presidente.

Con rapidez se extendió por Madrid la noticia de la dimisión del Gabinete sin que hubiera precedido crisis ninguna.

Media hora después de haber salido el Duque de Valencia de Palacio, la Reina mandó llamar al caballero de guardia, que lo era aquel día Don José María Arana, y le dijo:

—Vete á casa del Conde de Cleonard y dile que venga inmediatamente á Palacio.

Una hora después el Conde de Cleonard entraba en la Real Cámara y recibía el encargo de formar Ministerio y de ir á Palacio con los Ministros elegidos por él á las diez de la noche para prestar juramento.

El Conde de Cleonard citó en su casa á diferentes amigos, manifestándoles la orden que había recibido y citándolos para las ocho de la noche en casa de Ompanera de Cos, íntimo amigo suyo y al que había ofrecido la cartera de Hacienda.

A las ocho en punto estaban reunidos en casa de Ompanera el Brigadier D. José Bustillos, Don Trinidad Balboa y D. Vicente Armesto.

Ompanera negóse á aceptar el Ministerio y designó en su lugar á D. Vicente Armesto, que era Contador del Tribunal de Cuentas. Cerca de las nueve quedó designado el Ministerio en esta forma:

Presidente y Ministro de la Guerra, D. Serafín Soto, Conde de Cleonard; Estado, D. Salvador Cea Bermúdez, Conde de Colombi, Ministro en aquella sazón en Lisboa; Hacienda, D. Vicente Armesto; Marina, el Brigadier de la Armada Don José Bustillo; y de Gobernación, D. Trinidad Balboa, Mariscal de Campo.

Quedaba por nombrar el Ministro de Instrucción, Comercio y Obras públicas, y se dispuso que Don Trinidad Balboa se encargara interinamente de este Ministerio.

—Ya estamos todos—dijo el Conde de Cleonard—son las nueve y media y debemos jurar á las diez.

—Mi General, se ha olvidado usted del Ministro de Gracia y Justicia.

—Tiene usted razón—contestó el General—; ¿y á la hora que es dónde encontraré yo un abogado?

Un joven que estaba allí, amigo íntimo de Ompanera y que todas las noches iba á jugar al tresillo á la casa, modesto empleado de Hacienda, dirigiéndose al Conde Cleonard, le dijo:

—Si no es más que un abogado lo que usted necesita, yo soy abogado, y si sirvo, estoy á sus órdenes. Este joven era el Sr. Manresa.

—Me viene usted de perilla; es usted Ministro de Gracia y Justicia.

Sin darle tiempo para ir á su casa, Ompanera le dió un frac y una corbata blanca, y fueron á Palacio, donde juraron el cargo, encargándose interinamente del Ministerio de Estado el Conde de Cleonard.

Los decretos salieron en la *Gaceta* el día 19, y los Ministros, al día siguiente, tomaron posesión de sus respectivos Ministerios.

El efecto que produjo el nombramiento del nuevo Ministerio fué grandísimo y, sobre todo, los nombramientos de Armesto y Manresa, modestos empleados y ajenos completamente á la política.

Durante todo el día hicieron mil comentarios, y los nuevos Ministros, después de la toma de posesión, se reunieron en Consejo en el Ministerio de la Guerra, quedando en volverse á reunir al día siguiente en el Ministerio de Estado, para subir á Palacio y tener Consejo con S. M. y exponer cada uno su plan.

Serían las once y media de la noche, cuando un coche se paró á la puerta del Príncipe del Real Alcázar.

Como todo el mundo sabe, las puertas del Palacio Real se cierran á las once con el mismo ceremonial que si fuera una plaza fuerte. Retíranse los centinelas interiores, y la guardia de Alabarderos, trocadas las alabardas por fusiles, se encar-

gan de la guardia interior. Un Oficial menor de Alabarderos, al toque de la *Marcha Real*, cierra las puertas, recoge las llaves y las entrega al Oficial mayor de guardia, y siempre que entra ó sale alguna persona en Palacio, lo hace con autorización del Oficial mayor, y acompañada de dos Alabarderos armados y del Oficial menor, que lleva la llave de la puerta.

Dos golpes de aldabón, dados por una de las personas que bajó del carruaje, hicieron se asomara por el ventanillo el Oficial de Alabarderos.

—¿Quién llama?—preguntó.

—El Duque de Valencia, Presidente del Consejo de Ministros.

No dejó de llamarle la atención al Oficial el dicho de Narváez; abrió la puerta y acompañó hasta la Cámara al Duque.

La Reina no se había recogido aún, y el gentil-hombre del interior participó á la Reina la llegada de Narváez.

La Reina salió á su despacho y mandó entrar á Narváez.

—¿Qué ocurre, General?

—Señora, el Ministerio que ha jurado ayer es completamente imposible; la Nación lo rechaza, y ni tiene vida política ni razón de ser; por lo tanto, y conociendo las necesidades de obrar con premura, para evitar males que luego pudieran ser irremediables, vengo á traer á V. M. el decreto de la destitución del Ministerio.

—Tienes razón; tu genialidad ha dado margen á lo hecho; y la Reina firmó los Decretos con la cláusula de "Vengo en destituir de la Presidencia del Consejo de Ministros y de Ministro de la Guerra á D. Serafín María de Soto, Conde de Cleonard."

La misma fórmula tenían los decretos de Cea, Manresa, Armesto, Bustillo y Balboa.

A las dos de la madrugada el Ayudante del General Narváez, Duque de Valencia, que lo era el Comandante de Caballería Marqués de Campo Real y Conde de Covatillas, llevaba á la *Gaceta* los decretos de destitución y los nombramientos del nuevo Ministerio, que juró al día siguiente á las diez de la mañana, en esta forma:

Presidencia, Narváez.

Estado, Pidal.

Gracia y Justicia, Arrazola.

Hacienda, Bravo Murillo.

Guerra, Figueras.

Marina, Rocatodores.

Instrucción pública y Obras, Seijas Lozano.

Gobernación, Sartorius.

Grande fué la admiración de Madrid al leer la *Gaceta* del día 21, pero mayor fué la del Conde de Cleonard cuando entró su sobrino en su casa y le dijo:

—Tío, ¿conque te han destituido, ya no eres Ministro?

Figúrense los lectores de GENTE VIEJA cómo se quedaría el Conde de Cleonard; y aún no había vuelto de su asombro, cuando anunciaron al Marqués de Campo Real que traía un pliego para el Conde.

Era una orden de Narváez mandándole salir para Pamplona en el término de doce horas.

—Dígale usted, Sr. Ayudante, al Duque de Valencia, que me ha ganado la mano. Yo pensaba hacerle salir hoy mismo para Berlín, que está un poco más lejos.

Este Ministerio se conoce en la historia por el Ministerio *Relámpago*; y yo no hago más que referir á los lectores de GENTE VIEJA lo que hoy, viejo ya, oí contar en mi juventud.

EL CONDE DE FABRAQUÉR.

Valencia, Villa Oñativia, 8 Noviembre 1902.

TARJETAS POSTALES

Al otro mundo,
que Esther habita,
vuela, tarjeta;
y al verte allá,

dí á la que amable
te solicita:

—Pronto el poeta
me seguirá!—

Yo quisiera vivir en una tierra
donde no hubiese crímenes ni guerra,
ni envidiosos, ni avaros, ni curiales,
ni tarjetas postales!

Sé que coleccionas firmas
y tienes más de un millar;
yo colecciono doblones,
y aun no he completado el par.

MANUEL DEL PALACIO.

LA MUJER DEL ARQUITECTO

LEYENDA TOLEDANA

II

Casi á finalizar el siglo XIV había confiado el Arzobispo D. Pedro Tenorio la reedificación del puente de San Martín al afamado arquitecto Juan de Arévalo. Esta distinción había exaltado el amor propio del artífice, quien deseoso de consolidar su reputación se había dedicado á la obra en cuerpo y alma.

Hallábase terminado el puente y las puertas. Estaban apeados ya los cuatro arcos laterales; faltaba únicamente descimbrar el colosal arco del centro.

La tarde que comenzó esta operación volvió el arquitecto á su casa víctima del mayor abatimiento, perdido el color y tan trémulo y convulso, que su cariñosa esposa, sobresaltada, le preguntó con la mayor solicitud:

—Esposo mío, ¿estáis doliente?

—Sí lo estoy, mujer mía, y lo estoy del alma y del cuerpo, del corazón y de la cabeza. Estoy desesperado y aborreciendo la vida....

Con tal acento de desesperación habló el marido, que la mujer sintió en sus huesos el frío de la muerte. Comprendió que esa profunda pena debía tener muy grave causa, y con cariñoso acento interrogó á Juan de Arévalo cuál fuera esa:

—Oid, mi amada Catalina, y que nadie sepa el secreto que voy á confiaros. A las primeras cuñas que los carpinteros sacaron esta tarde de las cimbras del puente, un crujido siniestro y el resbalamiento apenas perceptible de algunas dovelas me hizo comprender que se aproximaba una espantosa castástrofe. Me aterrericé ante la idea de la muerte inevitable de más de cien hombres. Suspendí el trabajo aplazándole para mañana. Mañana, al descimbrar el arco central, que era mi vanagloria, se hundirá éste, arrastrará gran parte de la obra y perecerán mis desventurados obreros....

¡Y yo también con ellos, prosiguió el arquitecto con exaltada vehemencia; yo también debo perecer, para expiar mi error!....

La desventurada esposa tembló de espanto al anuncio de aquel premeditado suicidio, al cual se opuso diciendo:

—¡Oh, no haréis tal! No ofenderéis á Dios quitándoos la vida que Él os dió. No me abandonaréis dejándome en el mundo sumida en el mayor dolor....

Amargos sollozos y abundantes lágrimas cortaron la palabra á la angustiada Catalina.

—¡No me arguyáis! Yo no debo sobrevivir á mi desprestigio. ¡Doy mi vida en aras de mi honra, y voy á este sacrificio con la tranquilidad del mártir!

La serenidad del marido acabó de anonadar á la mujer. Comprendió ésta que la resolución de su esposo estaba firmemente arraigada. Una idea atrevida cruzó por su mente y cambió de táctica. En vez de

tratar de vencerle con la ternura, apareció convencida y resignada, exclamando:

—Entonces, esposo mío, esta noche es la última que pasamos unidos. ¿No es así?

—Así es, en efecto repuso—el arquitecto con aterradora calma.

—¡Entonces, celebremos nuestra última noche!

Llamó Catalina á las criadas y pidió les fuese servida la cena algo más espléndida que de costumbre. Al concluir, se expresó así:

—Quiero, esposo mío, que concluyamos esta ampolla de vino añejo recibida el día feliz de nuestras bodas. ¡Brindad por mí, esposo amado!

Llenó de vino rancio de Yepes el gran cubilete de ptata de que se servía su esposo, y le hizo repetir el brindis. Ella bebió muy moderadamente.

Retirada la servidumbre y dominando su pena, Catalina acarició jovialmente á su esposo diciéndole:

—Es necesario que tengáis el alma tranquila y el cuerpo reposado para acometer vuestra gran empresa. Venid al lecho y reposad, esposo querido. Al dejar la vida llevaos el recuerdo de mi apasionado amor.

La aparente tranquilidad de su mujer hizo maravilloso efecto sedante en el marido, que se durmió profundamente sin preocuparse de su sentencia de muerte que él mismo había dictado.

En cuanto Catalina se apercibió de que su esposo se había dormido, se levantó y vistió apresuradamente. Recogió algunos efectos, se rebozó en su amplio manto, y sin que nadie pudiera darse cuenta de ello salió de su casa, y en el silencio y obscuridad de la noche emprendió la peligrosa caminata hasta el puente por la puerta del Cambrón.

Sin dejarse vencer por la fatiga, la animosa mujer trepó por los altibancos y andamios hasta llegar á las carreras de las cimbras. Sentóse allí. Sacó de debajo del manto la provisión de eslabón pedernal y yesca, pajueta y tea. Hizo lumbre y comenzó á repartir entre el espeso maderamen pajuelas y teas encendidas.

Para ello tuvo, con indecible temeridad, que pasar de uno al otro lado del arco, sobre el abismo del río, cuyas aguas parecían siniestramente negras por efecto de la obscuridad de la noche y la sombra de la complicada armadura.

Bajó de los andamios y se retiró reposadamente hacia la ciudad, no sin arrojar antes ansiosas miradas al puente, lanzando un suspiro de satisfacción cuando descubrió diez ó doce puntos rojizos que se destacaban entre la oscura silueta del puente.

Volvió á su casa sin encontrar una persona en su peligrosa excursión, y entró en el lecho antes que volviese su esposo del sueño soporífero en que reposaba.

Despertóse Juan de Arévalo algo más tarde que de ordinario. Silencioso y tético se vistió tranquilamente. Posternóse ante un crucifijo, y exclamó:

¡Perdón, Dios mío, perdón! Oró en silencio breves instantes, y volviéndose hacia su esposa, exclamó apasionadamente:

—¡Perdón, esposa mía! ¡Que nadie sepa el secreto que os he confiado! ¡Que nadie sepa que yo he preferido perder mi vida á perder mi prestigio y mi honor!

Pugnaba la mujer por detener al marido. Pugnaba el marido por salir de su casa. Avanzaba el día, y la tenaz Catalina hacía todo lo posible porque transcurriese el tiempo. Inesperado rumor les sorprendió, y tropel de gente acudió á su puerta. Eran los obreros que venían á noticiarle el incendio de las cimbras. Un síndico del Ayuntamiento y un paje del Arzobispo ordenándole acudir á la obra, y por último el alborotador toque de rebato de todas las campanas de la ciudad que le llamaban imperiosamente á cumplir con su deber.

Comprendió Catalina que había llegado el momento decisivo. En él peligraba la vida de su idolatrado esposo que, según su decisión, se arrojaría al fuego para perecer en él.

—¡Id á cumplir vuestro deber, esposo de mi alma! Pero como estamos unidos por Dios, no debemos separarnos. ¡Vuestra suerte será la mía, y donde vos poséis las plantas también se posarán las mías!

Y enlazando su brazo con el de su esposo, echó á andar valerosamente hacia el puente.

Un océano de llamas colosales envolvía el puente, y una atmósfera de fuego y de humo impedía aproximarse á él. Los operarios, los soldados y los curiosos estaban detenidos por aquella infranquable barrera. Por entre aquellos compactos grupos rompió Juan de Arévalo llevando del brazo á Catalina; pero antes de llegar al rastrillo de la puerta de salida, un estrépito espantoso anunció el hundimiento del arco, acompañado de una densa nube de polvo, de humo y de vapor que salía con ensordecedor estruendo de las aguas del Tajo al recibir aquella candente avalancha.

JACINTO RIBEYRO.

(Continuará.)

NUESTROS ARTISTAS

Lorenzo Albarrán

Este laureado pintor salmantino tiene cada día mayor número de admiradores. Su estudio, establecido en la calle de Hortaleza, 42, es visitadísimo por los aficionados al arte, que encuentran siempre en los lienzos de Albarrán algo que los conmueve y mucho que admiran. Tienen sus cuadros un tono de color tan bien sentido, una amplitud de ambiente y una inspiración tan briosa, que todos ellos acusan ser hijos de la habilidad de un gran artista.

No haremos una reseña de sus obras, porque en el mundo del arte son bien conocidas y han sido ya sancionadas por el público y recibidas con grandes aplausos y plácemes de los maestros. Entre sus notabilísimos trabajos descuellan con artístico vigor sus célebres cuadros *Rosas y Espinas* y *Un ángel más*, ambos premiados en diferentes exposiciones. En los dos se saborea y deleita la ternura infinita del artista y la maestría consumada del pintor. La miserable buhardilla que sirve de fondo al titulado *Un ángel más*; el gesto de amargura desesperada con que el padre contempla al hijo muerto sobre mugriento camastro, y la pálida cabecita del niño en cuyos labios aletea una sonrisa, son gallardas pruebas que ponen de relieve el gran talento artístico de Albarrán.

En *Rosas y Espinas*, toda la gracia de la figura de la insolente gitanilla que lee en las cartas de la baraja *la buena ventura* á risueñas y muy guapas muchachas, impacientes por conocer el fin del sortilegio, bastaría á consolidar la buena fama de un pintor.

En el retrato ha llegado Lorenzo Albarrán donde llegaron pocos: el hecho al graciosísimo dibujante *Cilla* demuestra lo que vale Albarrán en este terreno.

Por no ofender su natural modestia terminaremos estos sincérrimos elogios, no sin antes enviar un aplauso al genial artista, llamado á ser uno de nuestros primeros pintores.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El Sr. Conde de las Navas, VICEPRESIDENTE DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE AVICULTORES ESPAÑOLES ha dado á la luz pública un bien escrito catálogo de impresos y manuscritos concernientes á las gallinas, obras todas de las que fué expositor el ilustre ex profesor de la Escuela Superior de Diplomática derribada por García Alix.

Los títulos de obras que no están escritas en castellano, al lado tienen la traducción correspondiente, procedimiento que debe seguirse en las catalogaciones de las bibliotecas oficiales.

Felicitemos al Sr. Bibliotecario mayor de la Biblioteca de la Casa Real.

* * *

A la notable serie de obras de Ribot-Payot-Nordau-Guyan-Guido-Villa, etc., publicadas por la Biblioteca Científico-Filosófica, hay que añadir un nuevo tomo

publicado recientemente, del eminente filósofo *Féré*, titulado *Sensación y Movimiento*, uno de los más importantes publicados de la ciencia experimental contemporánea.

La traducción española de esta obra ha sido hecha por D. Ricardo Rubio, formando un tomo en 8.º, de esmerada impresión y en excelente papel, llevando además intercalados en el texto más de 40 grabados, y se halla de venta en todas las librerías á 2,50 pesetas cada ejemplar.

* * *

La Casa Editorial Maucci, de Barcelona, acaba de enriquecer el catálogo de sus obras con una de palpitante actualidad. Nos referimos á la *Vida y proceso de Musolino*, el famoso bandido calabrés que tan sangrientas hazañas cometió durante los últimos tres años y tanto dió que hacer al gobierno de Italia para capturarle.

Contiene el referido libro cuanto há menester para que lo busque el público con verdadero afán; lo leerán todos aquellos que, ávidos de sensaciones fuertes, buscan en una obra el interés de la novela, y los que, seducidos por el estudio, tratan de aprovechar alguna saludable enseñanza. [Durante el curso del proceso se oyeron opiniones de criminalistas eminentes y médicos de nota en Italia, y en la obra de que hablamos están todas ellas condensadas y han de ser seguramente provechosas, lo mismo para el legista que para el médico.

La *Vida y proceso de Musolino* ha sido cuidadosamente traducida, recopilada y anotada por el conocido escritor y abogado del Ilustre Colegio de Barcelona D. Francisco Javier Godo, y forma un grueso volumen de 384 páginas, ilustrado con multitud de grabados y el retrato de Musolino.

También nos ha remitido la Casa Maucci la preciosa novela de Enrique Conscience, *La Tumba de Hierro*, y *Cuentos y Fábulas*, por el Conde León Tolstoy, preciosa edición ilustrada con 100 grabados, que corresponden á otras tantas ingeniosísimas narraciones del ilustre novelista ruso.

Todas estas obras las ha publicado la Casa Maucci al precio acostumbrado de una peseta.

* * *

Los parrales de la provincia de Almería.—Así se titula un nuevo libro que acaba de publicar la Biblioteca de *La Agricultura Española*, que con tanto acierto dirige en Valencia el Dr. B. Aliño. El autor de dicha obra es el ilustrado Ingeniero Jefe del Servicio Agronómico de Almería, D. Juan Ramón y Vidal, quien ha dado en ella una prueba más de sus vastos conocimientos agrícolas y ha prestado un importantísimo servicio á los viticultores de Almería y otras regiones, á todos los cuales interesa mucho la lectura de este libro.

ULTIMA HORA

En el banquete que tuvimos el honor de ofrecer á Marcos Zapata se acordó por todos los presentes dirigir un telegrama al Alcalde de Zaragoza, saludando á la Ciudad y á la Reina de los Juegos Florales, Condesa de Montenegro.

Nuestro queridísimo compañero el respetable D. Manuel de Llano Pérsi recibió hace dos días de aquel Ayuntamiento el siguiente telefonema, que él agradece y agradecemos todos:

“Alcalde de Zaragoza á Manuel de Llano Pérsi, Montalban 3.—Enterado hoy de que no está contestado el saludo dirigido Reina fiesta Juegos Florales, cumpla gustoso en nombre Condesita Montenegro y mío el deber de agradecer respetuoso saludo de usted y de los dignos señores que lo suscribían.—*Vicente Fornés.*”